

2. Mujeres, jóvenes y profesionales. Retrato básico de los/as trabajadores/as sociales en Aragón

En este capítulo de la tesis nos proponemos presentar el retrato básico de la profesión de trabajo social en Aragón. Un retrato que hemos dibujado a partir del análisis de las siguientes variables: número de profesionales, sexo, edad, ocupación, ámbitos de trabajo, tipo de servicio y funciones profesionales. Tal como hemos indicado en el capítulo anterior, la mayor parte de los datos que hemos utilizado para el análisis de estas variables corresponden a los 822 colegiados/as a finales del año 2001 y nos han sido facilitados por el Colegio Oficial de Trabajadores Sociales y Asistentes Sociales de Aragón⁹. El hecho de que no todos/as los/as profesionales estén colegiados supone una limitación a nuestro intento de elaborar este retrato básico y por esta razón, hemos incluido también los datos sobre los estudiantes matriculados en trabajo social en Aragón. Estos datos se refieren al número y al sexo de los estudiantes matriculados en trabajo social en las escuelas aragonesas desde la fecha de la creación de cada una de ellas hasta el año 2001 y al número los diplomados en trabajo social que obtuvieron su título en la Escuela de Estudios Sociales desde el curso 1991-92 hasta el curso 2000-01¹⁰. Finalmente, para completar este retrato hemos utilizado los datos del Estudio sobre los flujos de inserción laboral de los diplomados en trabajo social que obtuvieron su título en la Universidad de Zaragoza en el curso 1998-99¹¹.

Por tanto, a pesar de las limitaciones señaladas anteriormente, consideramos que el volumen de los datos analizados para la elaboración de este capítulo, así como el análisis comparativo que hemos realizado con los datos presentados en la Guía de trabajadores sociales colegiados elaborada por el Colegio de Aragón en el año 1993 y con los resultados de diferentes estudios sobre la profesión en nuestro país y en otros países europeos¹², justifican plenamente la inclusión de este capítulo en la tesis, dada la significación y el

⁹ El análisis descriptivo de estos datos se presenta en los Cuadros y Gráficos del anexo número 5.

¹⁰ El análisis descriptivo de estos datos se presenta en los Cuadros y Gráficos del anexo número 6.

¹¹ Este estudio fue encargado por de la dirección de la escuela a un equipo de investigación del que formo parte.

¹² Estudios realizados sobre la profesión en España en 1970, en Cataluña en los años 1976 y 1994, en la Comunidad de Madrid en el año 1990 y en Nantes (Francia) en 1985, cuyas referencias aparecen en la bibliografía.

interés del contenido del mismo para facilitar un primer acercamiento a la profesión de trabajo social en Aragón.

En el retrato de la profesión que hemos podido dibujar, destacan como rasgos básicos: la importante presencia de mujeres (el 92,77% de las personas colegiadas son mujeres), la juventud de los/as profesionales (el 41,11% de las personas colegiadas es menor de 31 años), así como un ejercicio profesional realizado mayoritariamente en los servicios sociales (el 63,79% de las personas colegiadas que trabajan lo hacen en este ámbito) y caracterizado por estar centrado en la función de atención directa (el 91,50% de las personas colegiadas que trabajan lo hacen realizando funciones profesionales de atención directa). Finalmente, nos parece muy significativo, como rasgo de la realidad actual de la profesión en Aragón, la situación de desempleo en que se encuentran muchos colegiados/as (el 44,40% se encuentra en situación de desempleo). Tal como tendremos ocasión de analizar más adelante, estos rasgos de la profesión de trabajo social en Aragón se manifiestan de forma diferenciada en función del sexo de los profesionales, dando lugar a los significativos perfiles que presentamos en el siguiente cuadro. Unos perfiles en cuyo análisis nos detendremos en los siguientes apartados de este capítulo.

Algunos de estos rasgos de la profesión se han mantenido desde su nacimiento y otros se han modificado, como consecuencia de los cambios en el contexto social y político y de la propia evolución de la profesión. El carácter feminizado de esta actividad profesional es una característica que aparece ya en el proceso de surgimiento de la profesión y que se mantiene a lo largo de su evolución histórica. Sin embargo, el contexto social y político ha provocado importantes cambios en este componente femenino del trabajo social, cambios referidos a la procedencia familiar y social de las profesionales, así como a sus edades y a sus motivaciones para entrar en la profesión. Por otra parte, la atención directa ha sido el contenido de trabajo predominante en la profesión desde su origen, aunque los cambios que se han producido en el contexto han influido en el tipo de entidades empleadoras y en las situaciones objeto de intervención profesional. Finalmente, nos atrevemos a afirmar que la situación de desempleo se ha agudizado desde mitad de los noventa, como consecuencia del importante incremento en el número de estudiantes de trabajo social y del retroceso en el proceso de creación de puestos de trabajo, especialmente, por parte de la administración, principal entidad empleadora de estos profesionales.

Vamos a presentar, a continuación, el análisis de los datos referidos a las variables que constituyen este retrato básico de la profesión. Un análisis que incluye los datos descriptivos y el análisis e interpretación de los mismos que hemos realizado a partir de los planteamientos teóricos de referencia de la tesis, los cambios históricos ocurridos en el contexto social y político de la profesión y los datos procedentes de otros estudios referidos a la profesión en nuestro país y en otros países del entorno europeo.

2.1. Mujeres y jóvenes

2.1.1. Número de profesionales

De acuerdo con los datos del Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social de Aragón, a finales del año 2001 el número de trabajadores/as sociales colegiados/as en nuestra región era de 822, el 3,7% del total de los 22.000 colegiados en España¹³. Este número de colegiados/as en Aragón ha evolucionado históricamente tal como se refleja en los cuadros y gráficos referidos al número de socios/as de la asociación de asistentes sociales por año y al número de colegiados/as por año y que se incluyen en el anexo 5. Se trata de un número que ha estado en constante aumento, desde finales de los años sesenta, fecha en que las primeras 40 asistentes sociales crearon la asociación profesional. Un crecimiento que también podemos constatar en el análisis de los datos referidos a los/as estudiantes de trabajo social de las escuelas de Aragón y que aparecen en los cuadros y gráficos que se incluyen en el anexo 6. De acuerdo con estos datos se aprecian dos momentos significativos en las dos escuelas aragonesas, en cuanto al crecimiento en el número de estudiantes matriculados.

Las razones que explican estos incrementos se encuentran en el contexto social, así como en los cambios ocurridos en la propia profesión, en relación con la regularización de las condiciones laborales y salariales de la misma. El primero de estos momentos se sitúa a lo largo de los años setenta. La Escuela de San Vicente de Paúl tenía matriculados 50 estudiantes en el curso 1970-71, mientras que en el curso 1981-82 eran 99 los estudiantes

¹³ Este dato nos ha sido facilitado por el Consejo de Colegios de Trabajadores Sociales de España.

matriculados¹⁴. La Escuela de la Universidad Laboral Femenina tenía matriculados 37 estudiantes en el curso 1970-71, mientras que en el curso 1981-82 eran 121 los estudiantes matriculados¹⁵. Este importante incremento del número de estudiantes de asistente social está en relación con dos hechos. En primer lugar, la existencia de mayores oportunidades de promoción social para los hijos/as de clases trabajadoras, mediante la mejora del acceso a la formación académica y profesional, a través del sistema de becas. En segundo lugar, la creciente aparición de inquietudes de una mayor participación social y laboral de las mujeres, encuentra en esta profesión una opción adecuada debido a la duración de los estudios, a las salidas laborales en la administración y a los contenidos profesionales acordes con el estereotipo social tradicional sobre lo femenino.

El segundo momento de incremento del alumnado en las escuelas se sitúa a finales de los años ochenta. La Escuela de San Vicente de Paúl tenía matriculados 406 estudiantes en el curso 1990-91. La Escuela de Estudios Sociales tenía matriculados 411 estudiantes¹⁶ en el curso 1990-91. Se debe a tres tipos de factores. El primero es el reconocimiento universitario de los estudios; sobre todo la integración de la Escuela de Trabajo Social del Centro de Enseñanzas Integradas de Zaragoza (antigua Universidad Laboral) en la Universidad de Zaragoza, tuvo un efecto importante en el crecimiento del número de estudiantes, ya que la carrera de trabajo social se convirtió, en virtud de este proceso, en una opción formativa más en el ámbito universitario, con la ventaja de que su corta duración suponía una oportunidad de acceder a una formación universitaria con menor inversión de recursos (materiales y de esfuerzo personal) que otras carreras de mayor duración. En segundo lugar, en los años ochenta se inicia de forma notable el proceso de incorporación de los hijos y en especial de las hijas de las clases trabajadoras a la formación universitaria. Estas mujeres seguían encontrando en esta carrera universitaria la posibilidad de una salida laboral adecuada al estereotipo social tradicional sobre las mujeres. Influyó, por último, en el aumento de estudiantes la regularización de las condiciones laborales de la profesión -alcanzada con la creación del sistema de servicios sociales-, así como la elevada cantidad de puestos de trabajo creados en dicho sistema desde principios de los años ochenta, factor que explicaría también el incremento en el número de hombres que se incorporan a estos estudios, tal como tendremos ocasión de exponer más adelante.

Este crecimiento en el número de estudiantes de trabajo social en Aragón ha tenido dos importantes consecuencias para la formación y la profesión en Aragón. En primer lugar, el aumento en el tamaño de los grupos de estudiantes supone un cambio significativo que debe ser tenido en cuenta a la hora de determinar las necesidades de recursos docentes, tanto materiales como de profesorado, y en el diseño de las metodologías y actividades docentes a realizar. Tradicionalmente, las enseñanzas de trabajo social, tanto en nuestro país como en otros países del norte y centro de Europa, se han impartido en grupos reducidos, dado que en muchas escuelas existen rigurosos sistemas de admisión en los que se exigen requisitos tales como una edad mínima (21 años en el caso de Francia) y una experiencia previa de trabajo remunerado o de voluntariado en temas sociales. Estas exigencias se justifican por una determinada concepción del trabajo social de acuerdo con

¹⁴ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 14.

¹⁵ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 15.

¹⁶ Datos que se muestran en los Cuadros y Gráficos nº 14 y 16.

la cual, en el establecimiento de una relación de ayuda profesional, el trabajador social debe movilizar no sólo sus conocimientos teóricos y técnicos, sino también sus propias vivencias como persona, algo que requiere del profesional la existencia de madurez y experiencias personales¹⁷.

En segundo lugar, este incremento del número de estudiantes también ha influido en los motivos por los que los estudiantes deciden realizar esta carrera. Unos motivos entre los que predomina la consideración de estos estudios como un medio para conseguir un puesto de trabajo cualificado en el mercado laboral, frente a la fuerte motivación vocacional presente en otros momentos históricos de la profesión. En el estudio realizado en la Escuela de Estudios Sociales de Zaragoza sobre los flujos de inserción laboral de los diplomados en trabajo social del curso 1998-99, se señala que sólo el 46,9% de los mismos habían solicitado cursar estos estudios como primera opción; condicionando posiblemente esta elección a la nota que se espera en la selectividad o a la posibilidad práctica de hacer determinados estudios¹⁸. Esta motivación contrasta con las escasas salidas laborales que en Aragón tiene la profesión en el momento actual, a juzgar por los datos que señalan que el 44,40% de las personas colegiadas se encuentran en situación de desempleo y que transcurridos tres años sólo el 7,8% de los diplomados, en el curso 1998-99, estarían trabajando en el momento actual como trabajadores/as sociales y el 40% en un empleo relacionado con el trabajo social: animación sociocultural, educación social, etc.

Esta tendencia creciente que hemos señalado en el número de estudiantes matriculados en trabajo social, contrasta con lo que encontramos en los datos referidos al número de estudiantes matriculados, en los dos últimos años, en la Escuela de Estudios Sociales. Se trata de una tendencia decreciente, presente en la mayor parte de las carreras universitarias¹⁹ y que se explica por dos tipos de factores. El descenso demográfico consecuencia del control de la natalidad ha hecho que disminuya el número de jóvenes en edad de comenzar sus estudios universitarios y, por otra parte, se ha incrementado el número de jóvenes que optan por la realización de algún módulo profesional, como forma de conseguir un puesto de trabajo cualificado en el mercado laboral²⁰. En el caso de la Escuela de Estudios Sociales de la Universidad de Zaragoza, este descenso debería ser considerado no como un problema, sino como una oportunidad de utilizar una metodología docente más adecuada a las especiales características de la formación en trabajo social y a grupos de estudiantes de tamaño más reducido.

2.1.2. Sexo de los/as profesionales

Tal como hemos señalado al comienzo de este capítulo, uno de los rasgos básicos de la profesión de trabajo social en Aragón desde su origen, es la importante presencia de mujeres. A finales del año 2001, el 92,77% de los colegiados en nuestra comunidad

¹⁷ He tenido ocasión de constatarlo a través de mi asistencia a las reuniones de trabajo de una Red Temática sobre trabajo social europeo del Programa Sócrates, de la que forman parte escuelas de 24 países de Europa.

¹⁸ En el Informe del citado estudio se señala que el análisis de la variable opción de los estudios, estaría más relacionada con una elección pragmática que con la vocación hacia el trabajo social.

¹⁹ “En el curso 1996-97 la Universidad de Zaragoza tenía casi 48.000 alumnos. El año pasado ya bajó de los 40.000”, La demografía escolar, El Periódico de Aragón, pag. 3, Lunes, 3 de Febrero de 2003.

²⁰ En el caso de Aragón existen varios módulos profesionales en temas sociales: técnico en actividades socio-culturales, técnico en inserción social, etc.

autónoma eran mujeres²¹ y durante el curso 2000-01, el 86% de los estudiantes matriculados en la Escuela Universitaria de Estudios Sociales también lo eran²².

La Escuela de San Vicente de Paúl hasta el curso 1970-71 y en la Escuela de la Universidad Laboral Femenina hasta el curso 1972-73 contaron con alumnado exclusivamente femenino. La presencia de hombres en la profesión se inicia en 1977, año en que se diploma el primer hombre asistente social en la Escuela de San Vicente de Paúl. Por otra parte, en la Asociación de Asistentes Sociales de Zaragoza no se produce la incorporación del primer hombre hasta el año 1977²³. La presencia masculina ha aumentado dado que desde esta fecha, especialmente después de que el proceso de profesionalización del trabajo social permitiera la regulación laboral y salarial de la profesión. Los datos presentados en los cuadros y gráficos que se incluyen en los anexos 5 y 6 nos permiten constatar este incremento. En el año 1982 el 5,26% de las personas colegiadas eran hombres, porcentaje que aumenta al 7,54%²⁴ a principios del año 2000. En la Escuela de Estudios Sociales, en el curso 1988-89, de los estudiantes de trabajo social eran hombres el 12,53%, mientras que en el curso 2000-01 lo eran el 14,01%²⁵.

Esta mayoritaria presencia femenina que podemos encontrar en la profesión de trabajo social en Aragón aparece también en otras regiones españolas y en otros países europeos, tal como se desprende de los estudios realizados sobre esta profesión. J. M. Vázquez (1970), en un estudio sobre los estudiantes de asistente social matriculados en el curso 1969-70 en España, señala que un 95,9% eran mujeres y un 4,1% varones, siendo las escuelas de la iglesia las que menos alumnos varones tenían (Vázquez, J. M., 1970: 52). Por otra parte, J. Estruch y A. M. Güell (1976) afirman que a principios de los años setenta el 99,6% de los asistentes sociales en Cataluña eran mujeres. Esta mayoría femenina se constata también a principios de los años setenta en otros países europeos como Suiza (84% de los asistentes sociales eran mujeres), Italia (88,4%) y Francia (99,5%). De acuerdo con el análisis de estos autores, otras profesiones consideradas tradicionalmente como femeninas arrojaban en España, en esas mismas fechas, porcentajes de presencia de mujeres bastante inferiores: 78,4% de los ATS y el 76,4% de los maestros eran mujeres (Estruch, J. y Güell, A. M., 1976:12). En fechas más recientes, el estudio realizado por J. J. Llovet y R. Usieto (1990) sobre los/as trabajadores/as sociales de la Comunidad de Madrid también constata esta presencia femenina, ya que el 92% de los encuestados son mujeres (Llovet, J.J. y Usieto, R., 1990: 31). Por su parte el Colegio de Trabajadores Sociales de Cataluña, en el estudio realizado sobre la profesión en los años 1993 y 1994, encuentra que el 95% de los colegiados son mujeres (CODTS Cataluña, 1997: 27).

De acuerdo con los datos presentados por B. Binche (1985) sobre los diplomados entre 1962 y 1981 en la Escuela de Asistentes Sociales de Nantes (Francia), sólo un 4% son hombres (Binche, B., 1985: 20). Finalmente, nos parece interesante comentar, que en los países del este de Europa y en Cuba, en los que la profesión y los estudios de trabajo social son de reciente creación, también es mayoritaria la presencia de mujeres entre los

²¹ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 2.

²² Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 16.

²³ El primer socio hombre de la Asociación de Zaragoza entró el 5 de noviembre de 1977, según hemos podido constatar en sus archivos.

²⁴ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 2.

²⁵ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 16

estudiantes y los profesionales²⁶, a pesar de que en estos países, los estudios de trabajo social han nacido como titulación universitaria y en muchos de ellos la formación académica inicial tiene nivel de licenciatura, seguida de una formación especializada a través de master y doctorado.

Esta mayoría femenina en la profesión de trabajo social se explica a nivel teórico por tratarse, de una profesión que surge como consecuencia de la institucionalización de la realización de las tareas de cuidado y asistencia que las mujeres venían realizando de forma tradicional en el seno de las familias. Por otra parte, las hijas de la burguesía serían las personas más adecuadas para asumir las funciones de control social asignadas por el poder económico y político a la política social y en el marco de ésta, a la profesión de trabajo social. De esta forma, las mujeres que trabajaban de forma voluntaria y sin formación académica en las actividades caritativas fueron las primeras en estudiar trabajo social. La condición de mujeres de estas primeras asistentes sociales era positiva para la iglesia y el estado, pero también para las propias mujeres. La iglesia y el estado pensaron que ellas eran las personas más adecuadas para socorrer a los pobres. Pero también las propias mujeres vieron en esta nueva profesión una forma de expresar sus deseos de una mayor participación en la vida pública y social de nuestro país, a través de una profesión con contenidos definidos socialmente como femeninos²⁷.

A pesar de la permanencia de esta importante presencia femenina en la profesión de trabajo social, el componente femenino de la misma ha cambiado de forma significativa, como consecuencia de los cambios en el contexto social y político, así como en la propia profesión. Las asistentes sociales de las primeras promociones eran hijas de la burguesía aragonesa, especialmente zaragozana, dado que la totalidad procedían de Zaragoza capital. Esta procedencia familiar cambió paulatinamente cuando las hijas de la clase trabajadora se fueron incorporando a la formación académica superior, como consecuencia de la existencia de mayores oportunidades educativas, gracias al sistema de becas y al creciente interés de las propias mujeres por incorporarse plenamente a los espacios públicos de la sociedad y en especial al mundo laboral. Por otra parte, la creación de la Escuela de la Universidad Laboral Femenina supuso una oportunidad para las hijas de trabajadores procedentes del medio rural. Junto a estos cambios en la procedencia geográfica y social de las estudiantes de trabajo social, es preciso señalar también cambios en las motivaciones para entrar en la profesión, desde las motivaciones religiosas a las sociales o políticas y relacionadas con las oportunidades de encontrar una salida laboral a través de los estudios de asistente social.

En el caso de Aragón, podemos afirmar que la creciente incorporación de los hombres a la profesión de trabajo social no ha modificado su carácter feminizado, que es funcional a la propia sociedad, en el proceso de control social ejercido por la política social, y a las propias mujeres, como hemos señalado anteriormente. Por otra parte, los hombres han ocupado los espacios de la profesión definidos socialmente como menos femeninos. Su

²⁶ Algo que he tenido ocasión de constatar a través de mi asistencia a las reuniones de trabajo de una Red Temática sobre trabajo social europeo del Programa Sócrates, a la que pertenecen numerosos países del este de Europa y de una visita de trabajo a la Universidad de La Habana (Cuba).

²⁷ Una explicación teórica más amplia se incluye en el capítulo primero de la tesis. Además, en los capítulos tercero y cuarto realizaremos el análisis del contexto social y político en el que se produjeron tanto el surgimiento como los primeros pasos de la profesión, en un intento de identificación de los factores que condicionaron este carácter feminizado del trabajo social.

presencia, como expondremos más adelante en este mismo capítulo, es significativamente mayor en aquellos ámbitos de trabajo que tienen un mayor contenido coactivo y de control social (protección de menores, cárceles, salud mental, etc.) y en puestos de trabajo cuyos contenidos son de gestión, apoyo técnico, dirección y control, más que en los puestos de atención directa, cuyos contenidos son principalmente asistenciales. Este hecho también es constatado por B. Binche (1985) en el caso de Francia, donde la incorporación de hombres a la profesión no ha supuesto la pérdida del carácter feminizado de la misma ya que, como en Aragón, los asistentes sociales franceses hombres entran en una profesión femenina y dominada, que no representa su ideal profesional, pero que les permite situarse en los servicios mejor remunerados y en puestos de dirección, así como asumir responsabilidades tanto políticas como sindicales. Utilizan también, en ocasiones, la profesión para acceder a puestos de poder, buscando además mediante la formación complementaria universitaria, una movilidad que en muchas ocasiones es de tipo ascendente, hacia puestos de dirección y que es interpretada por la autora como una estrategia masculina para transformar su identidad profesional, percibida como femenina y dominada (Binche, B., 1985: 20). Por su parte, J. Canals (1986) ha estudiado otra profesión feminizada, la enfermería, concluyendo que la incorporación de hombres no ha supuesto su desfeminización, ya que existe una diferente distribución de sexos por servicios, siendo la tecnología el elemento que marca esta especialización sexual (Canals, J., 1986: 81).

La ocupación por parte de los hombres de los espacios menos femeninos de la profesión de trabajo social, sería una estrategia para hacer compatibles los contenidos tradicionales de los estereotipos sociales de género sobre la masculinidad, con el hecho de dedicarse a una profesión feminizada. En este mismo sentido V. Cree (2001) afirma que los hombres que se dedican a actividades feminizadas, como enfermería o trabajo social, se mueven rápidamente de forma ascendente para ocupar posiciones que no sean incongruentes con su identidad de género -puestos administrativos y de gestión- y en los que pueden usar estilos de trabajo masculinos.

Además, las funciones profesionales que no incluyen la atención directa suelen ser las que corresponden a las jefaturas o a los puestos de mayor responsabilidad, lo que supondría un reflejo en el interior de la profesión de la discriminación laboral vertical que existe en nuestra sociedad de acuerdo con el criterio de género y que lleva a que los puestos situados en las posiciones más altas de la escala jerárquica y retributiva sean ocupados por hombres.

Esta importante presencia de mujeres en la profesión de trabajo social es un inequívoco indicador del carácter feminizado de la misma. Un carácter que tiene importantes consecuencias para el trabajo remunerado y familiar que realizan las mujeres y para las propias mujeres. Tal como hemos expuesto en el capítulo primero, una de estas consecuencias es la falta de valoración social y de visibilidad de las mismas, ya que son más visibles los componentes de sentimientos (amor, entrega, vocación, etc.) que los de actividad y trabajo que suponen. Precisamente, el análisis de los datos existentes en el Colegio de Trabajadores Sociales de Aragón nos ha permitido comprobar cómo esta falta de visibilidad del carácter feminizado de la profesión existe incluso dentro de la propia organización colegial, a pesar de las cifras que ponen de manifiesto la presencia mayoritaria de mujeres en la misma. La Guía Profesional de este Colegio, elaborada en 1993, presenta una serie de datos correspondientes a las variables sociodemográficas de los profesionales,

ignorando la variable sexo. Una falta de visibilidad que formaría parte de la estrategia de mantenimiento de las mujeres en una situación de subordinación en nuestra sociedad.

2.1.3. Edad de los/as profesionales

De acuerdo con lo señalado al inicio de este capítulo, uno de los rasgos de los/as trabajadores/as sociales aragoneses colegiados/as es su juventud. A finales del año 2001, el 41,36% de las personas colegiadas tenía menos de 31 años y el 80,41%, menos de 41 años; la edad media se situaba en los 35 años y la moda en los 29²⁸. Si ponemos estos datos en relación con los datos incluidos en el Censo Profesional del Colegio, publicado en 1993, la edad media de los colegiados/as era de 31 años y la moda 25 años; en esa fecha, el 60,2% de los colegiados tenía una edad inferior a 40 años. Por tanto, podemos comprobar que, por efecto del envejecimiento demográfico de los/as colegiados, este porcentaje ha disminuido. Uno de los factores que influye en esta baja edad es el hecho de que se trate de una profesión reciente, así como la reciente creación del sistema de servicios sociales, donde trabajan la mayoría de los/as trabajadores/as sociales.

Lo que hemos podido apreciar, a través del análisis histórico, es que la edad de entrada a la profesión de las primeras promociones era más alta, por tratarse en muchos casos de personas que no habían iniciado estos estudios al finalizar secundaria, ya que no existía en ese momento, en Aragón, una formación acorde con sus intereses o motivaciones. (Algo que hemos podido constatar en algunos de los testimonios que aparecen en el capítulo cuarto de la tesis). La edad de inicio de los estudios bajó en los años setenta, con el acceso de hijas de clases trabajadoras, especialmente en el caso de la Escuela de la Universidad Laboral Femenina, creada para formar a estas personas, y en concreto aquellas que, por residir en zonas rurales, carecían de oportunidades educativas en su propio medio. Posteriormente, en los años ochenta, al producirse el reconocimiento universitario de los estudios, esta edad de entrada aumentó ligeramente al exigirse tener aprobado COU para acceder a los mismos.

Si realizamos un análisis comparativo de la edad de los/as trabajadores/as sociales aragoneses/as con los datos procedentes de los estudios que se han realizado en otras comunidades autónomas, nos encontramos con que la edad de los/as profesionales es más baja en Aragón que en Cataluña, hasta tal punto que los/as colegiados/as aragoneses/as menores de 31 años superan en casi diez puntos a los/as catalanes: en Aragón en el año 2001, el 41,11% de las personas colegiadas tenía menos de 31 años²⁹, mientras que en Cataluña, en el año 1994, el 31,5% de los/as colegiados/as eran menores de 30 años (CODTS Cataluña, 1997: 30). Esta mayor edad de los/as colegiados/as catalanes/as se pone también en evidencia cuando se comparan los datos referidos a los mismos con los datos del estudio realizado por J. J. Llovet y R. Usieto (1990) en la Comunidad de Madrid, donde el 35,3% de los/as colegiados/as estaría por debajo de los 30 años. Este rejuvenecimiento de los/as colegiados/as de Madrid en relación con los/as de Cataluña se explicaría, según estos autores, por el aumento del tamaño de las promociones de la Escuela de la Universidad Complutense de Madrid y por obtenerse en este centro el diploma a edades más tempranas (Llovet, J.J. y Usieto, R., 1990: 34). Tal como hemos expuesto anteriormente, en algunos países europeos de nuestro entorno para iniciar la formación en

²⁸ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 3.

²⁹ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 3.

trabajo social se exigen unos determinados requisitos referidos a una edad mínima y una experiencia previa de trabajo remunerado o de voluntariado en temas sociales. Estas exigencias hacen que la edad de inicio de los estudios sea superior a la requerida en Aragón.

Queremos destacar, en relación con la variable edad, algunas pequeñas pero significativas diferencias de género entre los/as colegiados/as aragoneses/as. En el intervalo correspondiente a 57 años y más es superior el porcentaje de mujeres: el 2,62% de las mujeres colegiadas se encuentran en este tramo de edad, mientras que en el caso de los hombres baja el porcentaje a 1,67%. Este dato responde al hecho de que hasta finales de los años setenta no finalizó los estudios de asistente social el primer hombre en Aragón. Por otra parte, en los tramos de edad inferiores también es mayor la presencia de mujeres colegiadas: en el tramo de 22 a 26 años se encuentran el 14,04% de las mujeres colegiadas, mientras que en ese mismo tramo se encuentran el 6,67% de los hombres colegiados. Por el contrario, en el tramo siguiente, de 27 a 31 años se encuentran el 26,90% de las mujeres colegiadas y el 36,67% de los hombres³⁰. A partir de estos datos, nos atrevemos a afirmar que la edad de inicio de los estudios de trabajo social por parte de los hombres es ligeramente superior a la de las mujeres. Un hecho constatado en otros países europeos como Francia, donde, según B. Binche (1985), los asistentes sociales hombres tienen más edad, son de origen social más modesto, han hecho estudios más largos, han pasado por el seminario para estudiar el bachiller, se han decepcionado con elecciones de estudios anteriores y por ello entran en esta profesión (Binche, B., 1985: 19).

En el caso de Aragón, creemos que esta baja edad de los/as trabajadores/as sociales colegiados/as tiene importantes implicaciones para la profesión. En primer lugar, esta baja edad no favorece el efecto de la renovación generacional de las personas que se jubilan, algo que podría paliar la situación de desempleo que afecta gravemente a la profesión. En segundo lugar, la juventud de los/as profesionales supone una escasa experiencia tanto vital como profesional, lo que podría repercutir negativamente en el trabajo de ayuda profesional que se realiza mediante la atención directa, especialmente, si, como ocurre en Aragón, no existe supervisión profesional del trabajo social, como un medio de apoyo y formación para los/as profesionales.

2.2. Profesionales que trabajan en atención directa en los servicios sociales

2.2.1. Ocupación

El 55,59% de los/as profesionales colegiados/as se encuentran empleados como trabajadores/as sociales, mientras que el 44,40% están en situación de desempleo³¹. Si tenemos en cuenta que numerosos profesionales que se encuentran en situación de desempleo no están colegiados/as, por razones diversas, entre las que se encuentran las de tipo económico, podemos afirmar que el desempleo es el principal problema de la profesión en Aragón. Este bajo índice de colegiación entre los/as trabajadores/as sociales desempleados/as se confirma con los datos del estudio sobre los flujos de inserción laboral de los diplomados en trabajo social que finalizaron la diplomatura en la Escuela de Estudios Sociales de Zaragoza en el curso 1998-99, estudio que muestra como el 81,3% de los mismos no está colegiado. En el caso de Aragón, esta situación de desempleo se debe al

³⁰ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 4.

³¹ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 5.

importante incremento en el número de estudiantes que han iniciado trabajo social a partir de los años noventa, tras la integración de los estudios en la universidad³²; así como a los planteamientos neoliberales de la actual política social, que han supuesto una importante reducción del proceso de creación de puestos de trabajo, iniciado a principios de los años ochenta, y un deterioro de las condiciones laborales, ya que muchos de los servicios sociales de responsabilidad pública son gestionados por empresas mediante contratos de prestación de servicios.

La gravedad de esta situación queda de manifiesto también en los datos del estudio sobre los flujos de inserción laboral de los diplomados en trabajo social que finalizaron sus estudios en la Escuela de Estudios Sociales de Zaragoza en el curso 1998-99, según los cuales, en febrero de 2002 sólo se encontraban trabajando como trabajadores/as sociales el 7,8% de los mismos. Un 40% lo estaban haciendo en trabajos relacionados con el trabajo social: educación social, animación sociocultural, etc. En ambos casos con unas condiciones laborales precarias, propias, por otra parte, de la mayor parte del empleo juvenil en nuestro país: cuantías salariales, tipo de contratación, horarios de trabajo, etc. Este porcentaje es preocupante si lo comparamos con los datos que presenta el estudio realizado por el colegio de Cataluña en el año 1994 sobre los/as trabajadores sociales colegiados/as en esta comunidad. En esta comunidad, el desempleo afecta al 9,2% de los/as colegiados/as y es esencialmente femenino y joven (CODTS Cataluña, 1997: 41). Y con los datos obtenidos por J. J. Llovet y R. Usieto (1990), en la Comunidad de Madrid, donde en el año 1990 el 74,4% de los/as profesionales trabajaban como trabajadores/as sociales y sólo el 8,3% se encontraban en situación de desempleo (Llovet, J.J. y Usieto, R., 1990: 86). En relación con esta variable de análisis, en Aragón son importantes las diferencias de género, ya que de las mujeres colegiadas se encuentran en situación de desempleo el 45,54%, mientras que de los hombres colegiados sólo se encuentra en esta situación el 30%³³. En este sentido, la profesión de trabajo social reflejaría, como en otros aspectos, la discriminación laboral por razón de género y los estereotipos sociales sobre éste en relación con el empleo, incluso en esta actividad de carácter feminizado.

Respecto a las formas de acceso al trabajo, el estudio sobre los flujos de inserción laboral de los diplomados en trabajo social que finalizaron sus estudios en la Escuela de Estudios Sociales de Zaragoza, en el curso 1998-99, pone de manifiesto que han conseguido un empleo sin mediación en un 29,4% de los casos, mientras que el 25,5% han utilizado la ayuda de familiares y amigos. Por otra parte, los datos de este mismo estudio muestran que los/as diplomados/as en trabajo social que se encuentran trabajando como trabajadores/as sociales proceden de familias de clase social alta. Algo que podemos interpretar en el sentido de que estas personas, al finalizar los estudios, han podido contar con los apoyos y contactos familiares e invertir recursos económicos y personales en continuar formándose o preparándose oposiciones, algo que les ha facilitado el proceso de inserción laboral, en cambio, las personas procedentes de clases sociales media-media y media-baja han precisado empezar a trabajar al finalizar los estudios en empleos no relacionados con el trabajo social, como medio de obtención de unos ingresos económicos.

³² Hay que tener en cuenta que hasta el año 1996 estuvo abierta la Escuela de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl de Zaragoza.

³³ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 6.

2.2.2. Ámbitos de trabajo

Los/as trabajadores/as sociales colegiados/as que trabajan, lo hacen en un 63,79% en servicios sociales, el 10,74% lo hacen en salud, de los cuales un 7,79% trabajan en atención primaria y el 2,95% en salud mental. Siguen, en importancia, educación y justicia³⁴. Los datos correspondientes al Censo profesional de Aragón de 1993 muestran algunas pequeñas variaciones. En 1993, los/as trabajadores/as sociales colegiados/as que trabajaban lo hacían en un 62% en servicios sociales y el 16% en salud. El porcentaje en Aragón en el año 2001 es similar a los datos obtenidos por J. J. Llovet y R. Usieto (1990) referidos a la comunidad de Madrid donde, en el año 1990, el 70% de los/as profesionales colegiados/as que trabajaban como trabajadores/s sociales lo hacían en servicios sociales (Llovet, J.J. y Usieto, R., 1990: 114). Las salidas laborales de los/as trabajadores/as sociales siempre han estado determinadas por los planteamientos de política social existentes en cada momento histórico. De esta forma, la creación del sistema público de servicios sociales, a principios de los años ochenta, supuso un incremento importante de puestos de trabajo para estos profesionales, cuya presencia también podemos encontrar en otros sistemas públicos de protección social como salud o educación.

No hemos podido analizar los datos correspondientes al tipo de institución empleadora (pública o privada) de los/as colegiados/as empleados/as, dada la escasa fiabilidad de los datos correspondientes a esta variable que existen en el colegio. No obstante, a partir de la información que hemos obtenido con las entrevistas en profundidad y con el análisis de la documentación de las entidades empleadoras, podemos afirmar que, en el momento actual, los/as trabajadores/as sociales aragoneses/as trabajan no sólo para la administración, sino también para empresas y organizaciones no gubernamentales que, en muchos casos, se dedican a la gestión de servicios sociales para la propia administración. Precisamente, la importante presencia de trabajadores/as sociales en la administración influye de forma determinante en las posibilidades que estos/as profesionales tienen para ocupar puestos de responsabilidad, ya que los procedimientos de acceso son la libre designación a través de la confianza política o la valoración de méritos, entre los que es un requisito excluyente, en muchos casos, el tener los estudios de trabajo social una duración de tres años y ser, por tanto, una diplomatura y no una licenciatura.

Los datos sobre los ámbitos de trabajo y el tipo de servicio en que ejercen la profesión los/as trabajadores/as sociales colegiados/as en Aragón nos permiten apreciar significativas diferencias de género. De las mujeres colegiadas que trabajan, el 43,61% lo hacen en servicios generales, mientras que sólo el 28,33% de los hombres colegiados ejercen en este tipo de servicios. De las mujeres colegiadas que trabajan el 13,73% lo hacen en servicios de atención a ancianos, mientras que solo el 3,33% de los hombres colegiados ejercen en este tipo de servicios³⁵. Se trata de servicios en los que el componente de atención directa y asistencia es muy importante. Unas tareas para las que socialmente se considera más apropiadas a las mujeres que a los hombres, de acuerdo con la definición tradicional de género.

En contraste, de los hombres colegiados que trabajan, el 3,33% lo hacen en salud mental, mientras que, de las mujeres colegiadas que trabajan, lo hacen en salud mental el

³⁴ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 8.

³⁵ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 9.

2,89%. Por otra parte, de los hombres colegiados que trabajan el 3,33% lo hacen en justicia, mientras que de las mujeres colegiadas que trabajan lo hacen en justicia el 1,20%³⁶. Y de los hombres colegiados que trabajan el 8,33% lo hacen en servicios de protección de menores, mientras que sólo el 3,37% de las mujeres colegiadas ejercen en este tipo de servicios. De los hombres colegiados que trabajan el 3,33 % lo hacen en servicios de atención a jóvenes, mientras que sólo el 6,27% de las mujeres colegiadas ejercen en este tipo de servicios³⁷. Se trataría de dos ámbitos de trabajo con importantes contenidos coactivos y de control social, para los que las instituciones empleadoras y los propios trabajadores sociales consideran que son mas apropiados los profesionales hombres, de acuerdo con los estereotipos sociales de género. Algo que también ponen de manifiesto los estudios sobre la presencia masculina en esta profesión en Francia, tal como hemos expuesto en este mismo capítulo. Por otra parte, Christie, A. (2001) señala que los estudios realizados en Gran Bretaña, han comprobado la existencia de una mayor presencia masculina de trabajadores sociales en el sistema de justicia y en áreas específicas de salud mental.

2.2.3. Funciones profesionales

Los/as trabajadores/as sociales colegiados/as que trabajan lo hacen en un 91,5% realizando funciones profesionales de atención directa, mientras que el 2,89% realiza funciones de alta dirección y el 1,68% realiza funciones de mando intermedio³⁸. Los datos correspondientes al Censo profesional de Aragón de 1993 muestran algunas pequeñas variaciones. En 1993, los/as trabajadores/as sociales colegiados/as que trabajaban, lo hacían en un 65% realizando funciones profesionales de atención directa. Si comparamos estos datos con los obtenidos en otras regiones de nuestro país nos encontramos con que en Aragón, el porcentaje de los/as trabajadores/as sociales que realizan tareas de atención directa es sensiblemente superior. J. J. Llovet y R. Usieto (1990) afirman que en la Comunidad de Madrid, el 60,6% de los/as profesionales que trabajan como trabajadores/as sociales lo hacen en atención directa y el 31,2% en gestión, organización y programación (Llovet, J.J. y Usieto, R., 1990: 115). En Cataluña, el estudio realizado sobre la profesión en el año 1994 señala que realizan tareas de atención directa el 61,6% de los/as colegiados/as que trabajan y tareas de dirección y organización el 23% de los/as mismos (CODTS Cataluña, 1997: 93). Nos atrevemos a apuntar, como posible explicación de estas diferencias, la existencia de un modelo de servicios sociales generales en Aragón, caracterizado, de acuerdo con el diagnóstico sobre los servicios sociales en Aragón realizado por el Gobierno de Aragón en el año 2000, por sus contenidos asistencialistas³⁹. Por otra parte, estas funciones profesionales reflejan las funciones sociales asignadas a la profesión de trabajo social en nuestra sociedad y, tal como hemos expuesto en el apartado anterior, los procedimientos de la administración española para acceder a puestos de responsabilidad en los servicios sociales.

Nos parece significativo analizar las diferencias de género que hemos encontrado en relación con las funciones profesionales desarrolladas por los/as trabajadores/as sociales.

³⁶ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 11.

³⁷ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 11.

³⁸ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 12.

³⁹ Un trabajo realizado por el Gabinet d'Estudis Socials en el año 2000 por encargo del Gobierno de Aragón y en cuya elaboración participé a través de un grupo de discusión de expertos.

De las mujeres colegiadas que trabajan el 84,82% lo hacen realizando funciones de atención directa, mientras que de los hombres colegiados que trabajan sólo el 46,67% realiza este tipo de funciones profesionales. Por otra parte, de los hombres colegiados que trabajan el 6,67% lo hacen desempeñando funciones profesionales de alta dirección, mientras que sólo el 1,93% de las mujeres colegiadas que trabajan realizan este tipo de funciones profesionales⁴⁰. Estas diferencias de género, en cuanto a la realización de funciones de dirección y gestión que hemos identificado en los/as trabajadores/as sociales aragoneses/as nos parecen especialmente significativas para el tema de esta tesis doctoral. Unas diferencias que han sido estudiadas también en Reino Unido (V. Coulshed, 1998, C. Taylor, 1994, J. Hanmer-D. Stathan, 1999 y L. Dominelli-E. Mcleod, 1999) y en Francia (B. Binche, 1985 y C. Rater-Garcette, 1996). Según V. Coulshed (1998), en Reino Unido las trabajadoras sociales sólo ocupan el 10% de los puestos de dirección de trabajo social, a pesar de las medidas de acción positiva hacia las mujeres que se han puesto en marcha para mejorar sus posiciones en el mercado laboral. Las investigaciones realizadas en este país concluyen que los candidatos a los puestos de dirección de los servicios sociales que obtienen éxito, suelen ser hombres jóvenes, con mucha movilidad a lo largo de sus carreras y candidatos externos a las instituciones. Unos rasgos que no favorecen a las mujeres candidatas que suelen ser más mayores, que tienden a mantenerse más años de servicio y que se han promocionado internamente. Por su parte, L. Dominelli-E. Mcleod (1999), en relación con este mismo tema, afirman que “El trabajo social como campo se caracteriza por escalas de jerarquías de empleo en que los hombres ocupan predominantemente los niveles superiores de gestión, mientras que las mujeres son relegadas a los inferiores, en contacto directo con los clientes. Así, los hombres son responsables de la dirección y la toma de decisiones sobre asignación de recursos en su sentido más amplio, mientras que las mujeres adoptan los roles asistenciales” (Dominelli, L.-Macleod, E., 1999: 63).

V. Coulshed (1998) sostiene que esta situación es consecuencia de los estereotipos sociales de género dominantes en las sociedades occidentales. Los hombres contemplan la dirección como algo natural para ellos, lo que ayuda a que se sientan cómodos en un terreno, como el del trabajo social, que es un campo definido socialmente como “femenino”. La dirección es considerada socialmente como un entorno masculino caracterizado por la agresividad y la imagen pública, cualidades más valoradas en el campo de los servicios sociales que la sensibilidad y la capacidad de apoyo. De forma que si una mujer fuera capaz de mantener un alto cargo y triunfara se la vería socialmente como alguien diferente a su grupo de referencia, como una “mujer masculina”. Por el contrario, cuando los hombres asumen el papel de dirección lo hacen basándose en su identidad de liderazgo, mientras que las mujeres tienen que desempeñarlo con el problema de la identidad de género, adquiriendo un alto grado de visibilidad, quedando sujetas a la observación crítica, con la sensación de que necesitan cambiar los estereotipos femeninos (emocionales, irracionales...) y, en ocasiones, como subordinadas de otras profesiones, ya que uno de los componentes de la definición social de lo femenino es la docilidad y el servilismo. Si estas expectativas sociales respecto a las mujeres no se cumplen, se las critica por ser demasiado “masculinas” y se las identifica con el peinado, la apariencia o el vestido, y no por su cualificación y experiencia. Incluso la literatura feminista aconseja a las mujeres que ocupan cargos de dirección que deben evitar los vestidos juveniles, deben llevar trajes de chaqueta azul marino, evitar el exceso de sonrisas y evitar hablar de la

⁴⁰ Datos que se muestran en el Cuadro y el Gráfico nº 13.

familia. Es decir, existe la idea de que las mujeres que han accedido a puestos de dirección deben comportarse como hombres en un mundo de hombres.

Según V. Coulshed (1998), la literatura sobre estos temas sugiere tres tipos de barreras al ascenso de las mujeres, si bien ninguna ha sido comprobada realmente por las investigaciones. En primer lugar, presentan las barreras personales, unas barreras que suponen la culpabilización de las mujeres, alegando que éstas no tienen sentido de la responsabilidad, que temen al éxito y que no están orientadas hacia su carrera personal. En segundo lugar, se plantean las barreras interpersonales, referidas a la falta de voluntad para afrontar riesgos, al deseo de complacer a los demás, a la dependencia y a eludir el comportamiento competitivo. En tercer y último lugar, se hace referencia a los obstáculos estructurales, los únicos cuya presencia se ha podido constatar en las investigaciones. Una de estas investigaciones fue realizada por C. Taylor (1994) sobre las aspiraciones respecto a la promoción en su carrera futura de un grupo de 169 hombres y mujeres estudiantes de trabajo social en la Universidad de Stirling (Reino Unido). Los resultados de este estudio ponen de manifiesto que las chicas estudiantes de trabajo social no tienen aspiraciones inferiores a las de los chicos en cuanto a su promoción futura, algo que contrasta con las diferencias encontradas entre hombres y mujeres por los estudios de estas aspiraciones a promocionarse en el caso de empleados. Una situación que, según la autora, debe llevar a cuestionar la metodología de estos estudios y a plantear la necesidad de hacer estudios longitudinales y dinámicos. Es interesante comentar aquí las aportaciones de I. Alberdi, P. Escario y N. Matas (2000), en relación al hecho de que muchas mujeres no pueden renunciar a ocupar este tipo de puestos de responsabilidad, dado que sus responsabilidades familiares no les permiten optar a ellos.

En el caso de Aragón, consideramos que estas diferencias de género pueden ser explicadas por tres tipos de factores. En primer lugar, la existencia de la discriminación laboral vertical en nuestra sociedad, favorece el acceso de los hombres a los puestos de mayor responsabilidad, incluso en una ocupación tan feminizada como el trabajo social. En segundo lugar, y en relación con este primer factor, los hombres tienen una mayor disponibilidad para ocupar estos puestos de mayor responsabilidad, dado que se ocupan menos de asumir responsabilidades familiares de cuidado de personas dependientes y trabajo doméstico y que tienen un mayor capital formativo. En tercer y último lugar, podemos afirmar que el actual estilo de gestión de los servicios sociales en nuestro país es un estilo de gestión masculinizado, más centrado en la rentabilidad que preocupado por la calidad de la atención.

Es preciso promover el cambio de esta situación para que mejoren las oportunidades de las mujeres trabajadoras sociales para ocupar puestos de gestión y dirección. Pero con estos cambios también mejoraría la calidad de la propia gestión, ya que, como afirma V. Coulshed (1998), “la gestión efectiva no se basa en ser duro e implacable, o fácil e incapaz de usar la autoridad; es un equilibrio, una combinación de habilidades interpersonales y de técnicas de resolución de problemas” (Coulshed, V., 1998: 187). L. Dominelli-E. Mcleod (1999) consideran que en el trabajo con clientes, el uso cada vez mayor de técnicas de gestión empresarial en trabajo social en general ha llevado a una disminución del control disponible para el nivel básico de trabajadores sociales como profesionales autónomos, tanto en la planificación de su intervención como en la gestión de su trabajo específico. En consecuencia, las mujeres ven limitada su libertad para definir, de

acuerdo a lo que ellas mismas consideran más adecuado, el rol de asistencia y sus relaciones con las personas con las que trabajan (Dominelli, L.-Macleod, E., 1999: 64). Es necesario, por tanto, la puesta en práctica de un nuevo enfoque de gestión y dirección que valore la asistencia, la sensibilidad y el apoyo en el trabajo social, para cuyo ejercicio profesional se requiere no solo de una alta cualificación, sino de enormes dosis de intuición y creatividad. En este mismo sentido, J. Hanmer y D. Statham (1988) proponen apoyar a las mujeres que aspiran a una promoción, buscar vías que legitimen las emociones tanto de hombres como de mujeres, aprender de otras mujeres con las que se compartan experiencias y cuidar tanto las competencias para hacer un buen trabajo, como a la propia persona.

Queremos finalizar este capítulo afirmando que esta situación actual de la profesión de trabajo social en Aragón, que hemos tratado de dibujar a través de este retrato básico de la misma, es el producto de los cambios ocurridos en la sociedad y en la política social aragonesa. En cuanto a los cambios producidos en la sociedad, tenemos que señalar las mayores oportunidades para que estudiaran los hijos de las clases trabajadoras, algo que facilitó su proceso de movilidad social ascendente, así como la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral. En cuanto a los cambios producidos en la política social destaca la creación del sistema público de servicios sociales, aunque por la vía lenta de transferencia de las competencias desde el estado al gobierno autónomo y el desarrollo de los otros sistemas públicos de protección social como salud y educación. En los siguientes capítulos trataremos de analizar estos cambios en profundidad, así como contestar, teniendo en cuenta nuestros planteamientos teóricos y los resultados del trabajo de campo que hemos realizado, a una serie de cuestiones básicas en relación con la evolución y situación actual de la profesión de trabajo social en Aragón y que han sido presentadas de forma introductoria en este capítulo: ¿por qué es el trabajo social en Aragón una profesión feminizada?, ¿cómo ha evolucionado el componente femenino de la profesión de trabajo social en Aragón?, ¿qué ha supuesto el incremento de la presencia de hombres en la profesión de trabajo social en Aragón?, ¿qué espacios ocupan los hombres en la profesión de trabajo social en Aragón?, y finalmente, ¿cómo son las relaciones de género en la profesión de trabajo social en Aragón?